

PROLOGO

JUANA ROUCO BUELA

Varias generaciones han tenido oportunidad de familiarizarse con la presencia de Juana Rouco Buela en las organizaciones obreras y en las actividades libertarias de Buenos Aires y de otros puntos del país, inconfundible en su prestancia y en su audacia militante, formada literalmente en el yunque del trabajo desde su niñez.

Es uno de los numerosos casos de autodidactas que hemos conocido y que de un modo u otro han dejado una estela de su paso entre los núcleos mayores o menores, de personas con las que tuvo contacto y entre los cuales no tardó en distinguirse como abanderada de toda causa de justicia, infatigable, sin miedo y sin tacha.

Se sintió atraída por el movimiento anarquista, pujante y romántico, de comienzos de siglo, que Alberto Ghirardo trató de pintar en su novela autobiográfica "Humano Ardor", movimiento al que unos gobernantes de corta visión quisieron frenar con la ley de residencia de 1902 y que no lograron más que estimular a los amenazados por aquella espada de Damocles. El viejo semanario "La Protesta Humana", de 1897, fue convertido en diario de la mañana desde 1904, con brillantes colaboradores que figuran hoy en la historia de la literatura, del teatro, de las artes plásticas, de la poesía del país.

Contra la miopía de los de arriba, que cifraban su sabiduría en el escuadrón de seguridad, creció la combatividad de abajo. Y Juana Rouco entró en el torbellino de la lucha social, de la propaganda oral, de la militancia abnegada. Fundó con María Collazo, también valerosa e incansable, con Virginia Bolten, con Marta Newelstein, un centro anarquista femenino.

Todo motivo de agitación y de beligerancia era prontamente aprovechado: huelgas obreras, manifestaciones públicas de protesta y de

afirmación de derechos a la vida y a la justicia. Vemos a Juana entre las más eficaces propagandistas de la huelga de inquilinos de 1907, que reivindicaba una rebaja de los alquileres; la vemos en todo, como se veía en todo la saña persecutoria del Jefe de Policía Ramón L. Falcón.

La Ley de Residencia funcionó contra la rebelde y fue deportada a España, su país natal, de donde había llegado a Buenos Aires en 1900.

Conoció en España a los militantes más activos del movimiento anarquista: a Teresa Claramunt, a Leopoldo Bonafulla, a Anselmo Lorenzo; visitó las escuelas de Francisco Ferrer, estuvo un tiempo en Madrid, fue expulsada de Barcelona por el gobernador Ossorio y Gallardo, pudo regresar a América, al Uruguay, al Brasil, y finalmente volvió clandestinamente a la Argentina en aquellos días de fervor y de terror de 1910.

No es posible mencionar desde entonces todos los pormenores de su instancia revolucionaria, como oradora popular, como escritora, como animadora de múltiples iniciativas. La hemos conocido todavía con el cabello negro y la hemos vuelto a ver encanecida, pero firme en su combatividad, en su afirmación de la libertad, en su defensa de la causa del trabajo.

En forzados ocios de sus años bien llevados pero numerosos, es una reliquia de tiempos que cuenta ya con pocos sobrevivientes, se impuso la tarea de avivar sus recuerdos, de rememorar sus experiencias, para dejar a los que vendrán una cantidad de referencias y de impresiones que corren el riesgo de perderse con los que las vivieron. Nosotros hemos estimulado ese esfuerzo hasta como homenaje a muchos héroes anónimos de una epopeya que ha movido a grandes masas y les hizo elevar la mirada más allá de las penurias del presente, para entrever el horizonte de una humanidad mejor, más justa y más libre.

DIEGO A. DE SANTILLÁN

Febrero de 1963.